

CUARTO CENTENARIO DE SAN FELIPE NERI

Aspectos de su espiritualidad

Gustavo Felten D.

I- Introducción

1)- *Una pequeña cronología*¹

El siglo XVI de Felipe de Neri, se asemeja mucho al nuestro en lo que se refiere a sus convulsiones, cambios profundos y cosas totalmente nuevas que marcan la historia futura en forma irreversible. Por esto la gran actualidad de este santo.

Felipe es testigo de gran parte de aquel siglo. Alcanza casi la edad de 80 años. El es uno de los relativamente pocos santos ancianos. Lo admirable no es tanto que no haya perdido su santidad durante su larga vida, sino que haya conservado su fama de ser "apóstol de la juventud" hasta el final.

Otro dato que insinúa la cronología: Felipe es una vocación tardía, muy tardía para su época. Ya tiene una larga experiencia de apóstol laico, de la cual nace su sacerdocio, y mantiene un cierto estilo laical durante toda su vida. Es, como se ha dicho, un "laico espiritual" que vivía "lo sobrenatural en forma natural". Un día le preguntan, cuándo había dejado el mundo y Felipe contesta: "No me acuerdo de

¹ Cfr. la cronología al final del presente artículo.

haber dejado el mundo". Cualquier forma de clericalismo estaba lejos de él.

Tampoco quería ser religioso. Consideraba que existían ya suficientes congregaciones religiosas y mandaba las vocaciones a ellas. Los que se quedaban con él los quería como seculares, sin votos, aunque después se ordenaran sacerdotes. Hasta hoy cuesta ubicar a los filipenses u oratorianos en las rúbricas del Derecho Canónico.

En el fondo, Felipe no quería fundar una congregación. El Oratorio que salió de su inspiración, lo atribuía al Espíritu Santo o a la intercesión de la Virgen. Sólo pidió al Papa para sí y los suyos, cierta estabilidad y protección. Hasta hoy dicen las breves constituciones: «El Oratorio fue formado por nuestro Santo Padre más a través de costumbres que de leyes y, desde su origen, no tiene una regla especial que dirigiera los actos de sus miembros. Porque San Felipe solía moderar la mentalidad de cada uno de sus hijos, según el genio de cada uno, con afecto paternal y se contentaba cuando los veía con entusiasmo en la vida de fe y libres de las cosas humanas, según el Evangelio, cada vez con más fervor en el amor de Cristo y no les exigía otras cosas».

La influencia de san Felipe Neri, sin embargo, va mucho más allá del Oratorio. Primero su espíritu influye en Roma, ciudad en su tiempo dominada por el nuevo paganismo del renacimiento y, después de él (no solamente gracias a él), con una fuerte marca de fe que se resume como reforma católica. Se le considera el segundo apóstol de Roma. Después de su muerte, sigue vivo su espíritu en grandes maestros de espiritualidad como Francisco de Sales, Vicente de Paul, el Cardenal Berulle, Juan Bosco y otros, sin hablar de las congregaciones femeninas y su gran influencia en el arte, especialmente en la música.

2)- *Las fuentes*

Toda esta corriente se produjo sin que Felipe haya dejado nada escrito. Lo poco que escribió, lo quemó antes de morir. Las palabras de Felipe, máximas y jaculatorias, son breves y sufren el mismo destino que los *logia* de Jesús. En parte integran un material más antiguo, en parte se enriquecen con nuevas experiencias, nacidas de la práctica de las palabras originales. Así, cuesta muchas veces discernir unas de otras. Nosotros, en lo posible, nos limitaremos a su *ipsissima vox* para guiarnos por ella. Nos apoyamos en una pequeña colección en italiano, editada por el oratorio de Vicenza en 1988, con el título *Lo spirito di Filippo Neri, nelle sue massime e ricordi*.

Otra fuente de su espiritualidad es la tradición oral. En ella se transmiten sus palabras, sus milagros y muchos ejemplos de sus virtudes. Para uno que vive en la tradición filipense, la transmisión oral

sigue vigente y hace que se conozcan muchas cosas, sin saber su origen; es imposible, pues, citar sus fuentes.

Con el correr de los tiempos se recolecta, sintetiza y escribe casi todo. Un rol importante juega el proceso de canonización. Pero antes, en 1600 -cinco años después de la muerte de Felipe- el padre Antonio Gallonio, quien había vivido con él los últimos años, ya había escrito la primera biografía. El primer estudio crítico se debe a la labor de dos sacerdotes franceses: Luis Ponnelle y Luis Bordet, publicado en París en 1928 (citado según la tradición inglesa, Londres 1979). La última biografía que nos ha llegado, viene de Alemania, con el hermoso título de *Philipp Neri oder Das Feuer der Freude* y ha sido escrita por el superior del Oratorio de Aachen, casa fundante de Chile. En castellano: *Felipe Neri - El fuego de la alegría* (Sevilla 1992).

Nos centraremos en los aspectos donde las fuentes nos permiten constatar la coincidencia de su vida con sus palabras, porque su vida comenta sus palabras o, mejor al revés, sus palabras comentan su vida. Más originales que sus palabras son sus gestos, el aire que lo rodea, su estilo, su mirada, su presencia. Es admirable como Felipe, cuyo fuerte es la espontaneidad, la reacción rápida y original, el momento, sin nada escrito ni organizado, ha perdurado en la historia con una influencia continua y, de repente, con fuertes rebotes de su carisma original.

Me permito de vez en cuando, interpretar la espiritualidad de Felipe con algunas palabras del Nuevo Testamento. El Cardenal Newman, su gran discípulo en la Inglaterra del siglo pasado, lo llama "varón del tiempo primitivo de la Iglesia". Su Roma era la de los primeros siglos de la cristiandad. Quince años había vivido como peregrino en la ciudad eterna, visitando las antiguas iglesias, catacumbas y otros recuerdos cristianos antes de comenzar su apostolado.

Que las siguientes líneas no sólo hagan memoria de él, sino que evoquen su figura espiritual para atraer, despertar, cuestionar, vivificar y renovar. Como él, serán fragmentarias y sin mucho orden.

II- "¡Sed buenos, si podéis!"

A primera vista parece una frase sencillísima, pero antes de terminar de leerla uno ya se refriega los ojos, para comprobar si a lo mejor se ha equivocado en la lectura. Comienza con una invitación que entiende cualquier persona, toda clase de gente con la que Felipe se encuentra en la calle: los niños y jóvenes, los "malos" en la cárcel, los gitanos, judíos y herejes. También cae bien entre los "humanistas" que marcan los nuevos tiempos, en que el hombre, consciente de sus

cualidades, se había puesto en el centro del mundo. Para que el hombre sea bueno, basta con invitarlo, piensan ellos.

Felipe no es tan ingenuo, por eso en vez de discutir sobre el poder del mal o el pecado original, pone la pequeña condición "si podéis". No quiere desanimar la buena voluntad con un aplastante pesimismo, sino invita: "¡Pruébalo! Ya verás. Y si no puedes hoy, tal vez mañana. Y si no puedes solo, tal vez con otro. ¡Pruébalo! No es imposible".

Lutero, contemporáneo de Felipe y algo mayor que él, duda de la facultad del hombre de hacer el bien y según Calvino, muchos hombres están destinados a hacer el mal. Felipe, sin grandes especulaciones, con espíritu de pastor, sabe que el hombre es débil y solo, y que sucumbe al poder del mal. Pero Dios a través de la Iglesia, con la Palabra de Dios y los sacramentos, da la fuerza para hacer el bien. Hay que estimular al hombre, apoyarlo y ponerlo en contacto con la fuerza del bien.

Son especialmente los jóvenes a quienes Felipe invita y busca. Una palabra, una broma, un juego, los saca de su tristeza y los anima en el bien. Se hace amigo y padre y sabe transmitirles esta fuerza. Según el testimonio de muchos, su sola presencia cambiaba la vida. Sobre todo en el sacramento de la reconciliación tenía la oportunidad de dedicarse a cada uno en su situación particular. Dedicaba todo su tiempo a escuchar confesiones y estaba disponible desde temprano hasta la noche; incluso había acordado con los que tenían más necesidad dejar en un lugar determinado la llave de la puerta de su pieza a fin de que pudieran ubicarlo cuando quisieran.

1)- *El Oratorio*

Pero Felipe veía que no era suficiente la confesión; no solamente porque él no daba abasto con todos, sino porque también estaba consciente de que el perdón, según el múltiple testimonio de la Escritura (cf. Hech 2,38 con la nota en la *Biblia de Jerusalén*) no era posible sin la conversión y ésta, no sin la comunidad. Por eso juntaba a sus penitentes, en su mayoría jóvenes, y los guiaba juntos en el "oratorio", al principio una pequeña sala, donde se reflexionaba diariamente la Palabra de Dios en un tono familiar, se daba a conocer la vida de muchos Santos, se explicaba la historia de la Iglesia, y todo eso envuelto en un ambiente de música y oración. Era una gran novedad para aquellos tiempos en que los evangélicos comenzaron a monopolizar la Biblia frente a los católicos, y la liturgia, en general, era muy poco entendible para los laicos. El "Oratorio", como pronto se

llamaría esta pequeña reunión, era en el fondo la prolongación de la confesión, el sacramento más querido administrado por Felipe.

El elemento dominante en el Oratorio era la Palabra de Dios, en todo su sentido bíblico. Se partía de la palabra escrita. Felipe siempre andaba con "el libro", testimonio de la actuación de Dios en la historia. No partió de la nada, por propia creación. Necesitaba la partida a través de la obra de Dios, cuyo testimonio guarda la Iglesia. Pero su arte era conectar lo escrito con la vida a través de la palabra hablada. A la reunión del Oratorio pertenecían regularmente catequesis sobre la vida de los santos, la historia de la Iglesia y temas de moral o escatología. La palabra hablada hace el puente entre lo escrito y los hechos, sean éstos del pasado (la historia), del presente (por ejemplo, las cartas de san Francisco Javier de la India) o del futuro (la moral y la escatología). El "trato familiar de la Palabra de Dios" (como dice la tradición oratoriana) la pone de nuevo en movimiento con la frescura y dinámica de los primeros tiempos. Era la fórmula mágica que se sigue cumpliendo hoy. César Baronio, uno de los primeros discípulos de Felipe y, posteriormente, gracias a él, gran historiador, lo confiesa al describir la vida de la primera comunidad en Jerusalén. "Esto se puede ver hoy, donde hay un cierto *Messer Felipe*".

En esta Iglesia, los jóvenes se sentían capaces de hacer el bien. El bien no era una cosa privada, sino una participación en la historia del bien que Dios había comenzado en Jesucristo, que continúa en la Iglesia, especialmente en los santos y que apunta hacia una meta gloriosa.

2)- "¿Cuándo vamos a comenzar a hacer el bien?"

La búsqueda del bien aparece también en otras palabras de Felipe. Cuando veía a un grupo de jóvenes ociosos, les preguntaba: "¿Cuándo vamos a comenzar a hacer el bien?" Sabía que lo difícil es comenzar y hay que ayudar a saltar la primera valla. En una de sus últimas enfermedades decía: "Cuando me mejore, voy a comenzar a hacer el bien". Felipe había entendido durante su larga vida que el bien es una cosa inmensa y, en comparación con ella, todas las obras buenas son como nada y siempre será necesario comenzar.

También sus jaculatorias hablan del mismo tema: "Jesús mío, yo te dije que si tú no me ayudas, no voy a hacer nunca ningún bien". "No te fies de mí, Jesús mío, porque nunca voy a hacer nada bueno". "Me gustaría hacer el bien, Jesús mío, pero no sé como". "¡Ya no sé qué hacer o decir si tu no me ayudas, Jesús mío!".

Más profundo aún es lo que murmulla poco antes de morir, cuando recibe por última vez la comunión. Al escuchar el *Domine, no sum dignus*, olvidándose de los presentes, exclama: "Nunca he hecho

nada bueno, nunca jamás he hecho algo bueno. Nunca, nunca he sido bueno".

Con esta extrema experiencia llegamos al fondo de la máxima, para hablar a continuación de su humildad.

III- "Hijos míos ¡sed humildes, sed pequeños!"

La humildad no es una virtud moderna. Al contrario, se la ha desprestigiado alegando que daña la autoestima de la persona. Se la presenta como algo-insano.

En realidad, sin la experiencia del Dios Santo, es incomprendible y sería destructiva. Pero esta experiencia es precisamente lo fundamental en la religión bíblica y en la vida de san Felipe Neri. El texto clásico en el Antiguo Testamento se encuentra en el capítulo sexto del profeta Isaías.

1)- "¡Ay de mí, que estoy perdido!"

El profeta primero describe signos visibles de la santidad de Dios. Los serafines que lo rodean tienen que cubrirse la cara y su cuerpo, para no ser destruidos por los rayos de su gloria. Al mismo tiempo gritan tres veces "santo", proclamando la máxima santidad del Dios de los ejércitos. La gloria de Dios -el lado exterior de su santidad- entra por el oído, la vista, el olfato (el humo entra en sus narices) e incluso por el tacto, cuando comienzan a moverse los quicios y dinteles del templo. Esta conmoción produce aquel pánico que se conoce en los terremotos de Chile y que hace exclamar al profeta: «Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos» (Is 6,5).

El encuentro con el Dios Santo provoca infaliblemente en el hombre la experiencia de muerte. Ya lo había escuchado Moisés: «No puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33,20). Felipe, al sentirse invadido por el fuego del Espíritu Santo en su experiencia pentecostal, grita: "¡Basta, Señor, no puedo más!". Y a los que desean visiones o éxtasis, les advierte: "No saben lo que piden".

La humildad es asumir consciente y consecuentemente la condición del ser humano ante Dios: el hombre es nada o, como decía Catalina de Siena, "la nada *plus* el pecado". En el pecado se concentra la experiencia de la nada como mi nada, porque la muerte inminente es consecuencia ineludible de mi pecado. El hombre no puede rechazarla

como extraña a sí. La verdadera humildad entra en este misterio del Dios Santo y de la perdición del hombre ante él como destino individual de su vida.

Esta experiencia sería insoportable para el hombre si el Dios Santo no fuera al mismo tiempo el Dios Misericordioso, como lo describe Oseas: «No daré curso al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo soy santo, y no vendré con ira» (11,9). Paradojalmente, la santidad de Dios consiste en su misericordia incomprensible. Podemos solamente adivinar las convulsiones psicológicas de lo que significa el encuentro del hombre con este Dios.

2)- *"Si hubiera sido más humilde, no hubiera caído"*

Sin lugar a duda, Felipe pertenece a los privilegiados de esta experiencia con su extremo dolor y su dulzura. Esta experiencia repercute en todos los rasgos de su rica personalidad, pero se articula más en su humildad y lo que dice de esta virtud. «La humildad es para él la base y la culminación de la vida espiritual» y se puede considerar «el extraordinario relieve que le da, como lo más original de su doctrina espiritual»².

Como el anciano Juan, decía incansablemente a sus discípulos: "Hijos míos, amaos unos a otros" así Felipe repetía siempre: "¡Hijos míos, sed humildes, sed pequeños!" o ampliando un poco: "Humillaos a vosotros siempre, y bajad a los ojos de vosotros y de los hombres, para que puedan hacerse grandes a los ojos de Dios".

A su gran aprecio de la humildad corresponde su total rechazo de la soberbia. Decía: "Cuando uno comete cualquier pecado o cae en cualquier falta, hay que pensar que Dios ha permitido la caída en razón de la soberbia. Más tarde el hombre reaccionará diciendo: "Si hubiera sido humilde, no hubiera caído!". O también: "Es más grave la culpa de la tristeza que uno siente cuando lo reprenden, que el pecado que merecía la reprensión. Porque una gran tristeza normalmente no tiene otro origen que la soberbia". Disgustaba también mucho al santo cuando las personas se confesaban de un pecado y al mismo tiempo se excusaban; acostumbraba a llamarlos: "¡Señora Eva!".

² *Massime e Ricordi*, 21.

3)- *Tres clases de vanagloria*

Otra falta contra la humildad que frecuentemente Felipe desenmascaraba era la vanagloria. Decía: «Dios siempre ha buscado en los corazones de los hombres el espíritu de humildad y un sentimiento bajo de sí. No he visto que exista una cosa que más desagrade a Dios que el inflarse con su propia estima». Otra reflexión de Felipe sobre la vanagloria: «He visto que existen tres clases de vanagloria: la primera es *patrona* y se da cuando precede a la obra y esta se hace con el fin de vanagloriarse. La segunda se llama *compañía* y se da cuando el hombre no la hace con el fin de gloriarse, sino al hacerla siente complacencia consigo mismo. La tercera es *sierva* que se da cuando, al hacer la obra, surge la vanagloria, pero la persona la reprime inmediatamente». Y añade: «Cuidado que la vanagloria, por lo menos, no sea *patrona*. Cuando es *compañía*, no quita el mérito de la buena obra. Pero la perfección está en que sea *sierva*»³.

Como la tentación a la vanagloria es especialmente fuerte en puestos de honor, Felipe rehuía toda clase de dignidades y decía cuando se las ofrecían: "Hijos míos, aprended bien mis palabras: más pediría yo que me mandasen la muerte como una saeta que pensar en tal dignidad. Deseo mucho el espíritu y la virtud de cardenales y papas, pero no su grandeza".

Cuando era alabado por su virtud y santidad, exclamaba: "¡Pobre de mí! ¡Cuántos campesinos y cuántas solteras serán más grandes que yo en el paraíso!". Cuando le contaban desgracias que habían sucedido y se buscaba su explicación en una culpa humana, solía decir: "Si yo hubiera estado en la misma situación, hubiera actuado peor".

Sin embargo, lo esencial de la soberbia y de la vanagloria para él estaba en la mente. Típico era el gesto de los tres dedos con que tapaba su frente diciendo: "En el espacio de estos tres dedos está la santidad. Hay que mortificar lo racional". Con esto no se refería a la facultad racional del hombre en sí, sino a la autonomía y egocentrismo del pensamiento humano, inspirado por la soberbia y, como última instancia, por un intelecto sin amor.

4)- *"¡Vanidad de vanidades!"*

Para resumir la doctrina de San Felipe sobre la humildad, sirva un pequeño comentario sobre una palabra que él citaba con frecuencia en latín y que se atribuía a San Bernardo de Claravalle. Para

³ *Massime e Ricordi*, 23.

adquirir el don de la humildad son necesarias cuatro cosas: *Spernere mundum, spernere nullum, spernere seipsum, spernere se sperni*.

Spernere mundum: despreciar el mundo. Esta primera advertencia se dirigía contra la nueva corriente que adoraba el mundo. Por otro lado Felipe de ninguna forma despreciaba el mundo y su belleza, como lo muestra su amor a la naturaleza y su amistad con muchos artistas. Sino que es el desprecio del mundo en el sentido joánico «que yace en el poder del Maligno» (1 Jn 5,19) o el mundo que «con sus concupiscencias pasa» (1 Jn 2,17) y que odia a Cristo y sus seguidores (cfr. Jn 15,18).

San Felipe quería mucho una canción cuyo lema se inspira en el predicador del Antiguo Testamento (Qo): "Vanidad de vanidad, toda cosa es vanidad, todo el mundo y lo que hay, todo es vanidad". De las muchas estrofas que existen, más de una será del santo. Los niños y jóvenes que las cantaban con Felipe, se sentían contentos y alegres, porque los liberaban de las vanas exigencias del mundo. Respiraban un aire de ironía sobre las pesadas pretensiones de este mundo tan vacío.

Spernere nullum: no despreciar a nadie. El desprecio del mundo y su vanidad, lleva al aprecio de los despreciados del mundo. A Felipe llegan los que no caben en este mundo: olvidados, expulsados o marginados, los jóvenes que la sociedad apenas tolera, los mendigos, muchos pobres. A varios herejes los acompañó al pelotón de ejecución, a los gitanos salvó de las galeras y entre los judíos, que sufrían mucho en tiempos de una nueva inquisición, tenía varias amistades. Por la defensa de ellos Felipe puso en peligro todo su apostolado.

Spernere seipsum: despreciarse a sí mismo. La frase describe bien lo que Felipe sentía de sí mismo cuando se puso ante el Dios Santo. Pero no por eso era una persona acomplejada o insegura, sino que irradiaba alegría y contagiaba a muchos por su actitud positiva. Con toda sencillez podía decir: "Creo que tengo el Espíritu de Dios". En otra ocasión observaba: "A veces digo cosas y no sé cómo. Es Dios quien me las hace decir". Sin embargo, sentía hasta en la médula de su ser que todo era don de Dios y nada se debía a sí mismo, a no ser el pecado que en cada momento amenazaba con impedir o destruir la obra de Dios. Coincidió íntimamente con san Pablo que llevaba «el tesoro en un vaso de barro» (2 Cor 4,7), o también que «el que se glorie, gloriése en el Señor» (1 Cor 1,31).

Spernere se sperni: despreciar el ser despreciado. Felipe decía con respecto a este último grado de humildad: "A esto no he llegado. Quisiera alcanzarlo", observación que hace ver la gran sinceridad del

santo. Todo lo que dice de la humildad, refleja su experiencia personal y de pastor. Sabe que es casi imposible prescindir en sus actos de la estima que produce en otros.

5)- "Señor, ¡cuidado conmigo!"

La actitud de Felipe recuerda el testimonio de san Pablo en la carta a los Gálatas. Al final anota de su propio puño: «Dios me libre de gloriarme, sino es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo» (Gál 6,14). En la crucifixión del Hijo de Dios el mundo se ha desacreditado totalmente, ha perdido su prestigio y autoridad. Se ha crucificado a sí mismo. Ya no cuenta para el apóstol. Este "mundo", a su vez, se desquita con la descalificación del apóstol y su posible eliminación: lo crucifica, lo desprecia y no lo toma en cuenta. Felipe, al darse cuenta que con él sucede lo contrario, sospecha que se ha asimilado demasiado al mundo y se esconde o se disfraza. Así se explican muchas de sus extravagancias.

Concluyamos este capítulo con una oración de Felipe: "¡Señor, cuidado conmigo hoy!, porque podría traicionarte y hacerte todo el mal del mundo. ¡Señor, pon tu mano sobre mi cabeza hoy, si no me haré turco! La llaga de Cristo es grande, pero si tú, Jesús mío, no tienes tu mano sobre mi cabeza, la voy a hacer más grande todavía. Señor, te confieso que no soy bueno. Sé solamente hacer el mal".

IV- "¡Hijos míos, sed alegres!"

A pesar de que la humildad es la clave de su espiritualidad, Felipe es más conocido como el santo de la alegría. La humildad, por su misma naturaleza, es más escondida, mientras la alegría llama más la atención.

Desde el comienzo Felipe era un tipo alegre. Lo llamaban *Pippo Buono*. Los conocedores dicen que la gente de Florencia tiene cierto aire alegre, cierta "festividad". La biografía de Ponell-Bordet, una de las más competentes, describe al santo como de «buen genio, cordial y sencillo en el trato con otros, no se deja aplastar por las preocupaciones. Con una broma trasforma las amarguras de la vida. Anécdotas, tallas, contestaciones saladas que sacan de apuro, hacen la vida llevadera»⁴. De Florencia lleva Felipe una colección de anécdotas y

⁴ Ed. inglesa, 59.

chistes de Piovano Arlotto, un párroco del contorno, que lo acompaña y alegra hasta el final de su vida.

Pero la alegría de sus años adultos tiene otro trasfondo. Surge en la escuela de la humildad. Felipe no da largas charlas sobre este tema, pues sabe que la humildad se aprende con las humillaciones. Es muy ingenioso y a veces duro para imponer humillaciones a los suyos. Más de uno se rebela y quiere dejarlo. Un ejemplo: a uno le manda comprar un cuarto litro de vino en un chuico grande y, después, pagarlo con una moneda de valor. Para aprender la humildad hay que hacer el ridículo. Provocar o tolerar la risa del mundo, es para muchos la humillación más temida. Famoso es el ejemplo de César Baronio, eximio historiador de la Iglesia y, posteriormente, Cardenal: para que no se vaya a hinchar con su fama, Felipe lo manda con frecuencia a trabajar en la cocina de la casa que todavía mantiene inscrita las palabras *Baronius, coquus perpetuus*.

Especial cuidado tenía Felipe con los visionarios. Criterio infalible de su autenticidad era para él la humildad. Cuando le mandan una monja para discernir sobre la credibilidad de sus visiones, lo primero que pide Felipe es que le saque sus botas y las limpie. Tenía alergia contra cualquier forma de soberbia y vanagloria, sobre todo en lo religioso. De su propia experiencia había aprendido: "Visiones suceden. Pero lo más importante es saber como tratarlas. Se necesita una gran humildad, una entrega profunda y un desprendimiento del propio yo, para no perder a Dios por las visiones". Otro criterio era la participación en la pasión de Cristo, el pasar por la muerte. Así opinaba: "Los que buscan visiones o éxtasis no saben lo que piden". Advertía: "A los visionarios hay que agarrarlos de los pies para ponerlos de nuevo en la tierra!".

1)- *"¡Vedme aquí hecho un loco!"*

Así lo practicaba consigo mismo. Quería evitar sus estados extáticos en público. Parece que notaba cuando se acercaban. Una vez, en una ceremonia solemne, tiró a un guardia suizo de la barba. Otras veces pedía que le leyeran alguna parte de su libro de chistes y anécdotas, sobre todo antes de celebrar la Misa. Se reía a carcajadas. Donde otros buscaban concentrarse, Felipe buscaba distracción. Por eso evitaba cada vez más actuaciones religiosas en público. Celebraba la Eucaristía solo y en el Oratorio; ya no hacía ningún discurso, porque se emocionaba hasta las lágrimas y después sentía una vergüenza grande. Además, estos estados lo agotaban demasiado. En sus últimos años, después de celebrar la Misa que siempre lo arrebatava y no duraba menos de dos horas, se le veía totalmente exhausto sentado en un

rincón. Se escuchaba con frecuencia la exclamación: "¡Basta Señor, basta, no más!".

Felipe reprimía al máximo sus arrobamientos en público, porque estos aumentaban su fama de santidad. Luchaba con todos sus medios contra esta fama. Con frecuencia se hacía el ridículo. Una vez se hizo afeitar en la iglesia dejándose la mitad de la barba. Pasaba por las calles de Roma leyendo un libro en latín con una pronunciación bárbara. Tomaba una botella de vino en la calle junto con un tomador de fama. En el fondo quería despistar a la gente. En otra ocasión, aparece en la iglesia con su sotana puesta al revés. Otras veces pone su birrete inclinado como un sombrero sobre la oreja o pasaba delante del sagrario sin hincarse. Chocaba a veces por su trato algo rudo: golpeaba a las personas en su hombro o los llamaba "burro" o "bestia".

Felipe en este punto era así de drástico, porque no sólo estaba convencido de que no era nada de santo, sino también por un gran pudor. Cuando le preguntaban por sus éxtasis, solía contestar: *Secretum meum mihi*. El sentía que la publicidad dañaba su íntima relación con Dios. Sabía que la presencia de Dios en el mundo no solamente era escondida, sino incluso se revelaba bajo el signo contrario. Su amor a Jesucristo le había enseñado la locura de la cruz. «Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» decía san Pablo (1 Cor 1,22-23). La pasión y la locura dan fe de la indudable presencia de Dios en su vida. El reconocimiento del mundo hubiera nivelado su verdadera dimensión, su trascendencia. «Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos» (1 Cor 4,13). También Felipe podía decir de sí como san Pablo: "¡Vedme aquí hecho un loco!" (cfr. 2 Cor 12,11). ¿No habían dicho del mismo Jesús "tiene un demonio" y "está loco"? (cfr. Jn 10,20).

Conviene detenernos un momento en nuestros pensamientos. Nos habíamos propuesto hablar de la alegría de Felipe, pero hasta ahora hemos visto solamente como Felipe hace reír a los demás, incluso hace que otros se rían de él: es cómico, extravagante, hace pensar que es medio chiflado, que se pasa de la raya. Hay que preguntarse: ¿es Felipe un hombre auténticamente alegre, desde adentro? Con la gran discreción que practica, podemos sacar la respuesta solamente por conclusión.

2)- *La alegría, la humildad y la libertad son inseparables*

Primero, su misma extravagancia revela una gran independencia. Es totalmente libre. No busca la aceptación ni el reconocimiento de los demás. Por otro lado, su fuerza tampoco viene de sí mismo, como él

siempre lo decía. Felipe se gloría en el Señor. Su encuentro con el Dios Santo lo ha hecho consciente de su nada e incapacidad de hacer el bien. Por lógica, debería ser un tipo totalmente desesperado, pero no lo es. Todo lo contrario. ¿Cómo puede ser ésto? La única explicación es que Dios-Santo es al mismo tiempo Dios-Amor, como ya lo había descubierto el profeta Oseas... y el amor vence la temible santidad. Si la santidad lo aplasta, el amor lo levanta y lo mantiene. El no podría ser como es, sino viviera del amor de Dios. Y la alegría de que habla Felipe, es el gozo que produce la experiencia del amor de Dios, no otra. Igual como el amor de Dios y el amor cristiano es incomparable con el amor humano, la alegría de Felipe es incomparable con la alegría del mundo. El problema lingüístico complica el entendimiento de la verdadera alegría.

Felipe no podría ser tan humilde y tan seguro si su Dios no fuera santo y amoroso. El hombre sin Dios, sobre todo cuando es débil, busca apoyo en alguien. Depende del juicio del mundo y cae en la tristeza si no encuentra acogida. Felipe es libre, porque se siente amado por Dios y rehuye el reconocimiento humano.

Se ve en él que la alegría, la humildad y la libertad son inseparables. El soberbio y el ambicioso no son libres. Son esclavos de su fama o su aparente superioridad. No pueden reirse de sí mismos como lo hace Felipe. Esclavos del vacilante reconocimiento ajeno, continuamente caen en la tristeza. En cambio, Felipe es libre, porque Dios lo ha elegido y le ha comunicado su amor que lo libra de los amores humanos y, en lo más profundo, del angustiioso amor de sí mismo. Así, es libre para entregarse. «El que quiere guardar su vida la perderá, pero el que la pierde por mí la ganará» dice Jesús (Lc 9,24).

3)- *"Nunca te amé, Jesús. ¡Cuánto deseo poder amarte!"*

Otro acceso a su experiencia de Dios son sus oraciones, especialmente las jaculatorias que usaba y enseñaba con preferencia. Entre ellas se destaca la petición por el amor: "¿Cuándo voy amarte con filial amor, Jesús mío?". "¡Cuánto me gustaría poder amarte!". "Nunca te amé, pero deseo amarte, Jesús mío!". "Me gustaría amarte, Jesús mío, pero no sé cómo". "Nunca te voy a amar, si tú no me ayudas, Jesús mío". "No te amo, Jesús, y cuánto deseo poder amarte".

Todas estas jaculatorias se caracterizan por un deseo ardiente de amar a Jesús y por la incapacidad y el sufrimiento de no poder hacerlo. Siente que su amor debería ser mucho mayor en comparación con el amor recibido. El sufrimiento por la pequeñez de su amor a Cristo supone la experiencia de un amor incomparablemente mayor de parte de Dios. Esta es su felicidad y su cruz.

Otra característica de las jaculatorias es que casi todas están dirigidas a Jesús. Él es el centro de su espiritualidad. Por eso dice: "Quien quiere otra cosa que no sea Jesús, no sabe lo que quiere. Quien busca otra cosa que no sea Jesús, no sabe lo que busca. Quien trabaja y no lo hace por Jesús, no sabe lo que hace". Por eso también su devoción al nombre de Jesús: "¡Jesus, sis mihi Jesus!". O simplemente el uso del nombre de Jesús como resumen de toda su confianza y su amor hacia Él. Era lo que más recomendaba y practicaba.

4)- *El "pentecostés" de Felipe*

Solamente muy tarde salió a la luz cómo había comenzado en Felipe su profunda experiencia del amor divino. En forma independiente dan testimonio dos de sus discípulos a quienes Felipe en los últimos años de su vida había confidenciado su experiencia. Uno de sus discípulos testifica: "En la vigilia de Pentecostés de 1544 estaba orando en la catacumba de san Sebastián, cuando de repente vió y sintió cómo una bola de fuego bajó sobre él, entró en su boca y penetró en su corazón, ensanchándolo con grandes dolores. Felipe cayó al suelo tratando de mitigar el ardor de este fuego y gritando: '¡No más, Dios mío! ¡No más!'" . Esta experiencia lo marcó para toda su vida. El ritmo de su corazón había cambiado, la temperatura corporal subido, y las vibraciones eran a veces tan violentas que hacían temblar hasta los muebles. Dos costillas se habían levantado para dar espacio a su corazón ensanchado. Esta vivencia física de la irrupción del fuego divino hizo sufrir a Felipe por el resto de su vida. Era su enfermedad. *Vulneratio caritatis sum* (estoy herido de amor) y *Amore laqueo* (languidezco de amor) exclamaba a veces.

Pero esta anomalía de su corazón, también la usaba Felipe para transmitir el fuego del Espíritu Santo a los que acudían a él, sobre todo a los jóvenes. Bastaba con que éstos pusieran la mano sobre su corazón, para que se tranquilizaran o animaran. Felipe hablaba el lenguaje del cuerpo, pero no en forma reflexiva, sino natural e inconsciente. La "bola de fuego" está cerca de los fenómenos de Pentecostés y, al mismo tiempo, con una nota propia. No se imitan o copian los signos, sino que se profundizan en la historia del mismo Espíritu y se adaptan y concretizan en la línea de la experiencia prototípica. En Felipe Nerí no se puede separar tampoco lo físico de lo espiritual: física y espiritualmente, Felipe está transformado.

Así, Felipe es totalmente transparente. Su vivencia del Espíritu se trasluce en su cuerpo, especialmente en su corazón y su mirada. A su vez, sus expresiones espirituales o teológicas siempre son concretas, gráficas y originales. Por eso, hasta hoy, existe en el Oratorio una

preferencia por las disciplinas menos abstractas: la historia, la Biblia, los Padres, la liturgia, la catequesis y la pastoral.

Esta "corporalidad" de su fe es también uno de los secretos de su pedagogía que no era en primer lugar la enseñanza, sino su propia vida en el Espíritu transmitida por su respirar, su sufrir, su vibrar, por la articulación y entonación de sus palabras, sus gestos, sus miradas. Con esta total expresividad, Felipe tenía que ser cien por ciento auténtico. Tenía el corazón en la mano, como lo presentan algunas imágenes.

En resumen, Felipe había hecho una experiencia del amor de Dios única. En sus muchas oraciones, arrobamientos, palabras, ésta se renovaba y enriquecía continuamente, para transmitirla por medio de todo su ser a los que acudían a él. Este fuego de adentro era lo que muchos percibían como alegría, el brillo del amor de Dios en un corazón humano. La última biografía de él tiene como título *El fuego de la alegría* (*Das Feuer der Freude* en alemán).

5)- *"Pueden cortar leña sobre mis espaldas, con tal de no pecar"*

En la práctica, Felipe luchaba sobre todo contra la tristeza y el pecado que son incompatibles con la alegría. Sus máximas sobre el pecado dicen:

- "Quiero que no pequéis, sino que seáis alegres"
- "Dejad de rezongar, seguid vuestros quehaceres y sed alegres, porque no quiero otra cosa sino que no pequéis".
- "Con tal de no cometer pecado, pueden cortar leña en mis espaldas".

El otro gran enemigo de la alegría era para él la tristeza. Sabía por tantas confesiones que una de las causas principales del pecado era la tristeza. Por eso repite con frecuencia: "Escrúpulos y melancolía, lejos de la casa mía". Sabía que "el espíritu alegre conquista más fácilmente la perfección que un espíritu melancólico".

No soportaba que los jóvenes fuesen tristes. Cuando veía a uno que no estaba alegre, inmediatamente le preguntaba por qué estaba así y, dándole un pequeño palmotazo, le decía: "¡Sé alegre, sé alegre!".

Una monja le confesaba que se creía perdida para la eternidad. Felipe le dijo: "No, tú estás destinada al paraíso y voy a comprobártelo: dime ¿por quién murió Cristo?". Ella le respondió: "Por los pecadores", y Felipe: "Correcto. Y tú, ¿qué eres?". Ella dijo: "una pecadora", y Felipe: "Entonces el Paraíso es para tí".

Pero Felipe sabía también que no toda clase de alegría era sana y cristiana. Por eso advierte: "Hay que estar muy atento para no relajarse demasiado y ponerse burlón; porque la bufonería hace a la persona incapaz de recibir de Dios un espíritu mayor y arruina lo que se ha adquirido".

Felipe resume sus experiencias prácticas así: «La alegría cristiana es un don de Dios. Se deriva de la buena conciencia, gracias al desprecio de las cosas terrenas, junto con la contemplación de las cosas celestes. A nuestra alegría se opone el pecado. Si uno es esclavo del pecado, no puede saborearla. Se le opone especialmente la ambición. Su enemigo es la sensualidad y mucho también la vanidad y los comentarios. Nuestra alegría corre gran peligro e incluso se pierde con el trato de las cosas mundanas en compañía de los ambiciosos, y con el amor de los espectáculos»⁵.

6)- *Escrúpulos y melancolía ¡fuera de la casa mía!*

Cuando veía a un joven o niño triste, lo invitaba sencillamente a correr y con él corría.

El padre Agostino Manni que vivía con él, escribe: «Felipe gobernaba con gran sencillez, bondad y condescendencia con todos. Mostraba que los amaba a todos, los llamaba a su pieza y los hacía jugar, bailar y cantar. A veces hacía algunas gracias, otras veces bromeaba...»⁶.

Una cierta culminación de la festividad contagiante de Felipe eran los paseos que se organizaban los domingos en verano y en las fiestas. En cualquier cerro o jardín dentro de los antiguos muros de Roma, se paraba el crecido grupo de sus amigos, discípulos y sus familias, para celebrar el oratorio al aire libre, con presentaciones musicales, poesías o discursos de los niños que lo rodeaban siempre, y sorpresas del mismo Felipe. Por ejemplo, mandó a Baronio a comprar vino, y el pobre, un poco torpe, casi se gana una paliza de parte de los parroquianos de la botillería. Otro famoso, Tarugi, siempre tenía que llevar al perrito de un cardenal amigo. Con todo Felipe tenía una sola meta: dar alegría a los hombres a través de la naturaleza, la música y el encuentro con Dios.

Estos paseos no constituyen ninguna novedad para nosotros, pero en aquella época eran revolucionarios y hasta sospechosos para ciertos grupos religiosos. En el tiempo del carnaval tenían una nota especial. Felipe, que quería contrarrestar su carácter pagano tal como se había desarrollado en la Roma del renacimiento, organizaba

⁵ *Massime e Ricordi*, 34.

⁶ *Idem*.

peregrinaciones a las siete iglesias más antiguas y famosas de Roma. Se creaba un ambiente de oración y recogimiento, en el que tampoco faltaban entretenimientos y cantos, sobre todo su querida canción de la vanidad: *vanità de vanità, ogni cosa é vanità*. Felipe sabía que no se sacaba mucho con grandes prédicas de condenación, sino ofrecía a los suyos una alternativa sana, sin pecar. Era una síntesis armoniosa de religión, cultura y naturaleza.

Conclusión: tres citas

Me preocupa que se dé demasiada importancia a las extravagancias de Felipe. Al contrario, él mismo quería esconder y restar importancia a los fenómenos extraordinarios. Solía decir, citando sus palabras, que no se trataba de hacer cosas extraordinarias, sino de *hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien*. El secreto de su gran atracción era la familiaridad con las cosas divinas, su *domestichezza*, como decían los italianos.

La segunda cita es un párrafo de la carta que mandó el Santo Padre Juan Pablo II a los Oratorios con motivo del cuarto centenario de la muerte de San Felipe Neri. El texto es una pequeña síntesis que hace ver lo mucho que falta por decir de la espiritualidad filipense: «Un programa seguro y fecundo de formación en la alegría -nos enseña nuestro santo- se alimenta y se apoya en una serie armoniosa de opciones: la oración asidua, la Eucaristía frecuente, el redescubrimiento y la valoración del sacramento de la reconciliación, el contacto familiar y diario con la Palabra de Dios, el ejercicio fecundo de la caridad fraterna y de servicio; y, además, la devoción a la Virgen, modelo y causa verdadera de nuestra alegría. A este respecto no podemos olvidar su sabia y eficaz recomendación: 'Hijos míos, ¡sed devotos de María!; sé lo que os digo, ¡sed devotos de María!'».

En tercer lugar, cito la finalización del libro del Qohélet, cuyo inicio ("vanidad de vanidades") se canta con tanto entusiasmo en el Oratorio y en cuyas reflexiones, sin duda, Felipe muchas veces se inspiraba: «Las palabras de los sabios son como agujijones; las colecciones de sentencias, como estacas bien clavadas; son regalos de un mismo pastor. Por lo demás, hijo mío, ten cuidado: escribir muchos libros es un trabajo interminable y el excesivo estudio daña la salud». Todo está dicho, "teme a Dios" y "haz el bien" añadiría Felipe.

Una pequeña cronología

- 1515 El 21 de julio, Felipe Neri nace en Florencia (Italia).
- 1517 Lutero comienza la Reforma Protestante.
- 1533 Felipe Neri llega a Roma. Vive en oración y visita los lugares de la Iglesia Primitiva.
- 1544 Vísperas de Pentecostés: Felipe vive una profunda experiencia mística al recibir el Espíritu Santo.
- 1545 Comienza el Concilio de Trento.
- 1548 Felipe integra una cofradía para atender a convalecientes y peregrinos.
- 1551 Felipe Neri es ordenado sacerdote, inicia los ejercicios del Oratorio.
- 1565 Se forma la comunidad de sacerdotes que colaborará con el apostolado de Felipe.
- 1575 Erección canónica de la Congregación del Oratorio por el Papa Gregorio XIII.
- 1595 26 de Mayo muere Felipe Neri en Roma.
- 1622 12 de Mayo canonización de Felipe Neri junto con los españoles Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier e Isidro Labrador.
- 1651 Fundación del Oratorio de Puebla (México), el primero en América.
- 1848 El Cardenal J.H. Newman funda el Oratorio en Inglaterra.
- 1956 Fundación del Oratorio de Aachen (Alemania), casa madre del Oratorio en Chile.
- 1966 Primera Congregación en Chile.
- 1995 Conmemoración del IV Centenario de la muerte de San Felipe Neri en Roma, con la participación de la gran familia filipense mundial